

Por non con ella imitar
 A las mal fabladas fembras :
 Como en el suelo por falta
 De las levantadas mesas,
 Y por postre tengo asaltos,
 Que son frutas que me alegran :
 Non desentierro las vidas
 De hombre bueno o muger buca,
 Nin digo si fué fidalgo,
 Nin si ha pechado ó si pecha :
 Non trato sobre comida
 De facer á nadie ofensa,
 Sinon de si han apretado
 Bien las cinchas á Babieca :
 Non me acuesto imaginando
 Con mentiras quitar tierras,
 Si acaso puedo las gano,
 Y si non, fisco sin ellas,
 Y conquistando el castillo
 Fago pintar en sus piedras
 Las armas del rey Alfonso,
 Y yo humillado á par delias :
 Llora, quando estoy á solas,
 La mi consorte Jimena,
 Que finca cual tortolilla
 Sola y triste en tierra agena,
 Que magüer es tierra suya
 Tiene enemigos muy cerca,
 Que pues lo son de su esposo,
 ¿Quién duda lo serán della?
 Pido justicia, y mis voces
 Cuido fasta el cie o llegan,
 Que como son voces justas
 Non dudo que llegar puedan.
 Aquesto escribe Rodrigo
 A los condes de Consuegra,
 A los fidalgos y ricos,
 Sin honor y sin hacienda.

XXI. — (Anónimo.)

Ese buen Cid Campeador
 De Zaragoza partia,
 Sus gentes lleva consigo
 Y la su seña tendida
 Para correr á Monzon :
 A Huesca tambien corria,
 A Onda con Almenar
 Estragado los habia.
 El rey Pedro de Aragon
 Muy gran pesar recibia
 Quando supo que el buen Cid
 Tan cerca de si yacia.
 Apellidára sus gentes,
 Muchas son en demasia ;
 Llegado han á Piedra Alta,
 Sus tiendas fincar facia,
 A ojos está del Cid,

Mas para él no venia.
 El Cid salió de Monzon
 Con doce en su compañía
 A helgarse por el campo
 Armados de buena guisa.
 Los de ese rey de Aragon
 Le tuvieron puesta espia,
 Caballeros eran ciento
 Y cincuenta que á él salian.
 El Cid lidiára con todos,
 Como bueno los vencia :
 Siete son los caballeros
 Y caballos que prendia,
 Los otros huyen del campo
 Que aguardarle no querian :
 Los presos piden merced,
 Que los suelte le pedian,
 El Cid como es muy honrado
 Lo que piden concedia.

XXII. — (Sepúlveda.)

Adofir de Mudafar
 A Rueda en guarda tenia
 Por el buen rey don Alfonso
 Que conquerido la habia.
 Almofalas, ese moro,
 Con sobrada maestria
 Metióse dentro el castillo,
 Con el alzado se habia :
 Adofir quando lo supo
 Al rey su mensage envia,
 Pidiéndole su socorro
 Para recobrar la villa.
 El rey envió á Ramiro
 Y á ese conde don Garcia,
 Con muchas gentes armadas
 Que van en su compañía.
 El moro quando lo supo
 Dijo el castillo daría
 A ese buen rey don Alfonso,
 Y que á otro no queria.
 Convidóle á comer
 Por hacelle alevosia
 Allí dentro del castillo :
 El rey temido se habia.
 El infante don Ramiro
 Con el conde en compañía
 Entraron para comer,
 Que ir el rey no queria ;
 Mas luego que entraron dentro
 A entrambos quitan la vida
 Con otros que van con ellos,
 Y al rey mucho le dolia.
 Túvose por deshonrado,
 Y al Cid sus cartas envia,
 Que estaba cerca de allí
 Desterrado de Castilla.

Rodrigo que vió el mensage
 Para el rey luego venia :
 Caballeros fijosdalgo
 Acompañado lo habian :
 Quando lo vido el buen rey
 Su perdon le concedia :
 Contólo lo acontecido,
 Que le vengue le pedia,
 Y que con él se viniese
 A su reino y señoría.
 El Cid le besó las manos
 Por el perdon que le hacia,
 Mas no lo quiso aceptar
 Si el rey no le prometia
 De dar á los fijosdalgo
 Un plazo de treinta dias
 Para alir de la tierra,
 Si algun crimen cometian,
 Y que fasta ser oidos
 Jamas los desterraria.
 Nin que le rantara los fueros
 Que sus vasallos tenían,
 Nin menos que los pechase
 Mas de lo que convenia,
 Y que si lo tal ficiese
 Contra él alzarse podian.
 Todo lo promete el rey
 Que nada contradecia,
 Y á Castilla caminado
 Rodrigo el cerco ponía.
 Al moro que tal mal fizo
 Por gran fambre lo prendia,
 Y á todos los mas traidores
 Al rey luego los envia.
 El rey los ha recibido,
 Dellos fizo gran justicia,
 Y mucho agradece al Cid
 El presente que le hacia.

XXIII. — (Anónimo.) (1)

Ceñid las membrudos brazos
 Al cuello que bien os quiere,
 Por ser asaz de tal dueño
 Que mundo otro par no tiene:
 Non rehuyais de abrazarme,
 Que brazos de home tan fuerte
 Desentollescen mis tierras
 Y las de moros tollescen ;
 Facedlo, que bien podeis,
 E cuidá non me manchedes,
 Que aun finca en las vuestas armas
 La sangre mora reciente.
 Non atendais tuertos que os fice,

Pues tan buen precio merecen,
 Que non quise en mi servicio
 Homes á quien sirven reyes.
 Si vos desterre, Rodrigo,
 Fué porque á moros que crecen
 Desterreis sus fechorias,
 Y las vuestas alto vuelen.
 Non vos eché de mi reino
 Por falsos que vos mal quieren,
 Si porque en tierras agenas
 Por vos mi poder se muestre.
 De Alvar Fañez vuestro primo
 Recebí vuestro presente,
 No en feudo vuestro, Rodrigo,
 Sinon como de parientes.
 Las banderas que gana-teis
 A sarracenos de aliende,
 Por vuesa mandaderia
 En San Pedro las veredes,
 La vuesa Jimena Gomez,
 Que tanto vos quiso siempre,
 Porque la desmaridé
 Mil pleitos contra mi tiene.
 Non escuchéis sus querellas,
 Quando á mi las enderece,
 Que á las fembras mas astutas
 Cualquier enojo las vence.
 Acudid en su presencia,
 Que cuido que vos atiende
 Mas ganosa de vos ver
 Que vos venides de verme,
 Que si ma os consejeros
 Facen oficios que suelen,
 En cambio de saludarme
 Atenderedes mi muerte :
 Non la atendais, home bueno,
 Ansi os valga san Llorente,
 Y riñas de por san Juan
 Sean paz que dure siempre.
 Prended al cuello los brazos,
 Que vuestros brazos bien pueden
 Prender en paz vuestro rey,
 Pues en guerra cinco prenden. —
 El rey don Alfonso el Sesto
 Le dice esto al Cid valiente,
 Que de lidiar con los moros
 Victorioso á su rey vuelve.

XXIV. — (Anónimo.)

Fablando estaba en celada
 El Cid con la su Jimena
 Poco antes que se fuese
 A las lides de Valencia :

(1) A pesar de esta reconciliacion el Cid no volvió á la corte, y el rey retuvo á Jimena y sus hijas en rehenes, como se verá mas adelante.

— Bien sabeis, dice, señora,
Como las nuevas querencias
En fe de su voluntad
Muy mal admiten ausencia;
Pero piérdese el derecho
Adonde interviene fuerza,
Que el servir al rey lo es
Quien noble sangre semeja.
Faced en la mi mudanza
Como tan sesuda fembra,
Y en vos no se vea ninguna,
Pues venis de hourada cepa.
Ocupad las pocas horas
En catar vuestas facienda,
Un punto no esteis ociosa,
Pues es lo mismo que muerta.
Guardad vuestros ricos paños
Para cuando yo dé vuelta,
Que la fembra sin marido
bebe andar con gran llaneza.
Mirad por las vuestas fijas,
Celadlas; pero no entiendan
Que algun vicio presumis,
Porque fareis que lo entiendan:
No las apartéis un punto
De junto á vuesa cabeza,
Que las fijas sin su madre
Muy cerca están de perderla.
Sed grave con los criados,
Agradable con las dueñas,
Con los estraños sagaz,
Y con los propios severa.
Non enseñéis las mis cartas
A la mas cercana dueña,
Porque no sepa el mas sabio
Cómo paso yo las vuestas:
Mostradlas á vuestas fijas,
Si non tuvieris prudencia
Para encubrir vuestro gozo,
Que suele ser propio en fembras.
Si vos consejaren bien,
Faced lo que vos consejan,
Y si mal vos consejaren,
Faced lo que mas convenga.
Veinte y dos maravedis
Para cada día os quedan,
Tratadvos como quien sois,
Non endureis la despensa:
Si dineros vos faltaren,
Faced como no se entienda,
Enviádmelos á pedir,
Non empeñeis vuestras prendas:
Buscad sobre mi palabra,
Que bien fallareis sobre ella
Quien á vuestra cuita corra,
Pues yo acudo á las agenas:
Con tanto, señora, á Dios,
Que el ruido de armas resuena. —

Y tras un estrecho abrazo
Ligero subió en Babieca.

xxv. — (Anónimo.)

Apretada está Valencia,
Puedese mal defender,
Porque los Almeravides
No la quieren ayudar.
Viendo aquesto un moro viejo,
Que solia adivinar,
Subiérase á una alta torre
Para bien la contemplar.
Cuanto mas la mira hermosa,
Mas la crece su pesar,
Sospirando con gran pena,
Aquesto fué á razonar:
— ¡ O Valencia! ¡ O Valencia,
Digna de siempre reinar!
Si Dios de tí no se duele,
Tu honra se va spocar,
Y con ella las holganzas
Que nos suelen deleitar:
Las cuatro piedras caudales
Do fuiste el muro á sentar,
Para llorar si pudie-en
Se querrian ayuntar:
Tus muros tan preminentes,
Que fuertes sobre ella están,
De mucho ser combatidos
Todos los veo temblar:
Las torres que las tus gentes
De lejos suelen mirar,
Que su alteza ilustre y clara
Los solia consolar,
Poco á poco se derriban
Sin podellas reparar;
Y las tus blancas atmenas,
Que lucen como el cristal,
Su leal ad han perdido
Y todo su bel mirar:
Tu río tan caudaloso,
Tu río Guadalaviar,
Con las otras aguas tuyas
De madre salido ha:
Tus arroyos cristalinos
Turbios ya siempre vendrán,
Tus fuentes y manantiales
Todos secado se han:
Tus verdes huertas viciosas
A ninguno gozo dan,
Que la raz de sus yerbas
Bestias roido las han:
Tus prados de cien mil flores
Olores de sí no dan,
Mustios andan y marchitos,
Sin color ni olor están:
Aquel honrado provecho

De tu playa y de tu mar,
En deshonra y daño torna,
¡ Mal te pueda aprovechar!
Los montes, campos y tierras
Que tú solias mandar,
El humo de los sus fuegos
Tus ojos cegado han:
Es tan grave tu dolencia
Y tanta tu enfermedad
Que los hombres desesperan
De saínd poderte dar.
¡ O Valencia! ¡ O Valencia!
Dios te quiera remediar,
Que muchas veces predije
Lo que agora veo llorar.

xxvi. — (Sepúlveda.)

Cercada tiene á Valencia
Ese buen Cid castellano,
Con los moros que están dentro
Cada día peleando:
Muchos ha muerto y prendido
Y á otros ha cautivado.
Al real del buen Rodrigo
Un caballero ha llegado,
Martin Pelaez ha por nombre,
Martin Pelaez asturiano;
Muy crecido es en el cuerpo,
En los miembros arceciado.
Aqueste es de buen donaire,
Pero muy acobardado,
Halo mostrado en las lides
Y batallas do se ha hallado.
Mucho le pesó al buen Cid
Cuando lo vido á su lado,
No es para vivir con él
Hombre tan afemiado.
Un día entrara el buen Cid
Y con él los sus vasallos
En batalla con los moros,
Pelean como esforzados.
Allá va Martin Pelaez
Bien armado y á caballo.
Antes de dar el torneo
Al real habia tornado,
Fuése para su posada
Cubierto y disimulado.
En ella anduvo escondido
Hasta que el Cid ha tornado;
Dejó muertos muchos moros,
A ellos ganara el campo.
El Cid se sentó á comer
Como tiene acostumbrado,
Solo en su cabo á una mesa
Y en el su escaño asentado,
Y en otra sus caballeros,
Los que tiene por preciados.

Con aquestos nadie come
Sino los mas afamados,
Asi lo ordenó el buen Cid
Por facerlos esforzados,
Y que cada uno procure
Facer fechos estimados
Para comer á la mesa
De Alvar Fañez y su hermano.
Bien cuidó Martin Pelaez
Que non vió el Cid lo pasado,
Y así las manos se lava,
A la mesa se ha sentado
Donde está don Alvar Fañez
Con la compañía de hourados.
El Cid se fué para él
Y del brazo le ha trabado,
Diciendo: — Non sois vos tal
Para en tal mesa sentarvos
Con estos parientes míos
A quien vos podais llegarvos:
Mas valen que yo ni vos,
Que son buenos y aprobados,
Sentadvos á la mi mesa,
Comed comingo á mi plato. —
Con mengua de entendimiento
No creyó que es baldonado,
Asentóse con el Cid
A su mesa y á su lado,
Y el Cid con grande cordura
Esta reprehension le ha dado.

xxvii. — (Anónimo.)

A solas le reprehende
A Martin Pelaez el Cid,
Que las faltas de los buenos
A solas se han de refirir.
Dicele con rostro airado:
— ¿ Es posible que fuir
Pueda un home, siendo noble,
Por temores de una lid,
Y mas vos siendo quien sois,
Viniedo de do venis,
Que cuando fincárais muerto
Os fuera honroso el morir?
Levantéme de la mesa
Do bocado no comí,
¡ Qué buena pro me tuviera
Cuijando en el que vos ví!
Atended lo que vos digo
Y non cuideis en fuir,
Porque fuyendo afrentades
A vuesa honra y á mí.
Si me dades por disculpa
Decir que visteis venir
Mucha multitud de moros,
Non la quiero recibir.
Entraos en la religion

Adonde podreis vivir
 Sirviendo á Dios, que en las guerras
 Non sois para lo servir.
 Pusierais á mi lado,
 Que pudiera ser que allí
 Se vos quitára el pavor
 A vuestras menguas cubrir.
 Salid esta tarde al campo,
 Que quiero ver si sufris
 Mas que os afrenten mil homes
 Que quedar muerto en la lid.
 Y podrá ser que deis vivo
 Que yo tengo de ir allí,
 Y veré lo que facedes
 Y si de honra sentis.
 Con esto, Martín, á Dios,
 Que habeis de yantar sin mi
 Hasta que traigais cobrado
 El honor que yo vos di.

XXVIII. — (Anónimo.)

Corrido Martín Pelaez
 De lo que el Cid ha sabido,
 Dello cobró gran vergüenza,
 Dello está muy ocupado.
 Fuese para su posada,
 Triste estaba y muy cuitado
 Viendo como el Cid ha visto
 Su cobardía tan claro,
 Por lo cual no consintió
 Que coma con los honrados;
 Propónese ser valiente
 O de morir en el campo.
 Otro día salió el Cid,
 Junto á Valencia ha llegado,
 Salieron luego los moros
 A ferir en los cristianos,
 Llegan denodadamente
 Con los esfuerzos sobrados.
 Martín Pelaez fué el primero
 Que la lid había entrado,
 Y firió tan recio en ellos
 Que á muchos ha derribado;
 Allí perdió todo el miedo,
 Muy gran esfuerzo ha cobrado.
 Peleó valientemente
 Mientras la lid ha durado,
 Unos mata y otros hiere,
 Hizo en ellos grande estrago:
 Los moros dicen á gritos:
 — ¿De dó ha venido este diablo?
 Hasta aquí no le hemos visto
 Tan valiente y esforzado,
 A todos nos hiere y mata,
 Del campo nos ha lanzado.—
 Por las puertas de Valencia
 A los moros ha encerrado,

Los brazos hasta los codos
 En sangre lleva bañados,
 Ninguno hay tal como el
 Si no es el Cid afamado.
 Los moros fueron vencidos,
 Pelaez se había tornado,
 Esperándole es á el Cid
 Hasta que fuera llegado,
 Con muy crecido placer
 Rodrigo lo había abrazado,
 Díjole: — Martín Pelaez,
 Vos sois bueno y esforzado,
 Non sois tal que mereçais
 De hoy mas conmigo sentaros,
 Asentaos con Alvar Fañez
 Que era mi primo hermano,
 Y con estos caballeros
 Que son buenos y estimados,
 Que los vuestros buenos fechos
 Siempre serán bien mentados,
 Screis dellos compañero,
 Sentaros heis á su lado.—
 De aquel día en adelante
 Fizo fechos muy granados
 De esforzado caballero,
 Bueno como el maspreciado.
 Aquí se cumplió el proverbio
 Entre todos divulgado,
 Que el que á buen árbol se arrima
 De buena sombra es tapado.

XXIX. — (Anónimo.)

Partíos ende los moros,
 Non pongais mientes en al,
 Cuidá de los doloridos
 Y los muertos soterrad:
 Decidles á los cuitados
 Y á las cuitadas contad,
 Que el saber nuso en la guerra
 Es humilde en la paz;
 Poned la furia en facer
 Que me vengan á fablar,
 Porque les diga mi boca
 Toda la mi voluntad,
 Que non quiero sus haciendas
 Nin se las he de tirar,
 Nin para mis barraganas
 Sus fijas he de tomar,
 Que yo non uso mugeres
 Sinon la mia natural,
 Que en San Pedro de Cardeña
 Yace agora al mi mandar,
 Y mándoyos yo, Alvar Fañez,
 Si he poder de vos mandar,
 Vais por ella y por mis fijas,
 Mis fijas otro que tal.
 Llevad treinta marcos de oro

Con que se puedan guiar
 Para venir á Valencia
 A la ver y á la gozar:
 Llevá otros tantos de plata
 Para San Pedro y su altar,
 Y entregadlos á don Sancho,
 Que ende yace por abad;
 Y al noble rey don Alfonso,
 Mi buen señor natural,
 Llevá doscientos caballos
 Bien guarnidos al mi usar;
 Y á los honrados judíos
 Raquel y Vidas llevá
 Doscientos marcos de oro,
 Tantos de plata, y non mas,
 Que me endonaron prestados
 Cuando me partí á lidiar
 Sobre dos cofres de arena
 Debajo de mi verdad:
 Rogarles heis de mi parte
 Que me quieran perdonar,
 Que con acuita le fice
 De mi gran necesidad,
 Que aunque cuidan que es arena
 Lo que en los cofres está,
 Quedó soterrado en ella
 El oro de mi verdad.
 Pagáles la logrería
 Que soy tenuto á les dar
 Del tiempo que su dinero
 He tenido á mi mandar.
 Y vos, Martín Antolínez,
 Le iredes á acompañar,
 Y las mis buenas venturas
 A mi Jimena contad.
 Direis al rey don Alfonso
 Que me empreste en su lugar,
 Porque á mi Jimena agrada
 Mucho el tañer y cantar.—
 Aquesto dijera el Cid
 Despues que ya entrado ha
 En Valencia vitorioso,
 Pues conquerido la ha.

XXX. — (Anónimo.) (1)

Desterrado estaba el Cid
 De la corte y de su aldea
 De Castilla por su rey,
 Cansado de vencer guerras,
 Y en las venturosas armas
 Apenas las manchas secas
 De la sangre de los moros
 Que ha vencido en sus fronteras,
 Y aun estaban los pendones

Tremolando en las almenas
 De las soberbias murallas
 Humilladas de Valencia,
 Cuando para el rey Alfonso
 Un rico presente ordena
 De cautivos y caballos,
 De despojos y riquezas.
 Todo lo despacha á Búrgos,
 Y á Alvar Fañez que lo lleva,
 Para que lo diga al rey
 Le dice desta manera:
 — Dile, amigo, al rey Alfonso,
 Que reciba su grandeza
 De un fidalgo desterrado
 La voluntad y la ofrenda,
 Y que en este don pequeño
 Solamente tome en cuenta
 Que es comprado de los moros
 A precio de sangre buena:
 Que con mi espada en dos años
 Le he ganado yo mas tierras
 Que le dejó el rey Fernando
 Su padre, que en gloria sea:
 Que en fendo dello le tome,
 Y que no juzgue á soberbia
 Que con parias de otros reyes
 Pague yo á mi rey mis deudas;
 Que pues él como señor
 Me pudo quitar mi hacienda,
 Bien puedo yo como pobre
 Pagar con hacienda agena:
 Y que juzgue que en su dicha
 Son delante mis enseñás
 Millaradas de enemigos
 Como ante el sol las tinteblas:
 Y espero en Dios que mi brazo
 Ha de hacello rico, mientras
 La mano aprieta á Tizona
 Y el talon fiere á Babieca:
 Y en tanto mis envidiosos
 Descansen, mientras les sea
 Firme muralla mi pecho
 Y entreténganse en palacio,
 Y guárdense no me vendan,
 Que del tropel de los moros
 Soltaré una vez la presa
 Y llegarán su avenida
 A ver entre sus almenas,
 Y defiendan bien sus honras
 Como manchan las agenas;
 Y si les diere en los ojos
 Lo que les dió en las orejas,
 Verán que el Cid no es tan malo
 Como son sus obras buenas,

(1) Es al mismo asunto que el de los romances de Sepúlveda: « Ganada tiene á Valencia. »

Y si sirven á su rey
En la paz como en la guerra
Mentirosos lisonjeros,
Con la espada ó con la lengua,
Y verá el buen rey Alfonso
Si son de Búrgos las fuerzas
Los caminos de ladrillo
O los ánimos de piedra :
Que le suplico permita
Se pongan esas banderas
A los ojos del glorioso
Mi príncipe de la Iglesia,
En señal que con su ayuda
Apenas enhiestas quedan
En toda España otras tantas,
Y ya me parto por ellas :
Y le suplico me envíe
Mis hijas y mi Jimena,
Desta alma sola afligida
Regalada y dulce prenda :
Que si non mi soledad,
La suya al menos le duela,
Porque de mi gloria goce
Ganada en tan larga ausencia.
Mirad, Alvaro, no erreis,
Que en cada razon de aquestas
Llevais delante del rey
Mi descargo y mi limpieza.
Decidlo con libertad,
Que bien sé que habrá en la rueda
Quien mis pensamientos mida
Y vueas palabras mismas.
Procurad que aunque les pese
A los que mi bien les pesa,
No lleven mas que la envidia
De mí, de vos, ni de ellas :
Y si en mi Valencia amada
No me halláreis á la vuelta,
Peleando me hallaredes
Con los moros de Consuegra.

XXXI. — (Anónimo.)

Llegó Alvar Fañez á Búrgos
A llevar al rey la empresa
De cautivos y caballos,
De despojos y riquezas.
Entró á besarle la mano,
Después de darle licencia,
Y puesto ante él de rodillas
Este recaudo comienza :
— Poderoso rey Alfonso,
Reciba vuesa grandeza
De un fidalgo desterrado
La voluntad y la ofrenda.
Don Rodrigo de Vivar,
Fuerte muro en tu defensa,
Por envidia desterrado

De su casa y de su tierra,
Pide que con libertad
Hable puesto en su defensa,
Y así quiero por no errar
Decir sus palabras mismas.
Dice : que este don pequeño
Tomeis solamente en cuenta,
Que es ganado de los moros
A precio de sangre buena :
Que con su espada en dos años
Te ha ganado el Cid mas tierras
Que te dejó el rey Fernando,
Tu padre, que en gloria sea :
Que en feudo desto lo tomes,
Y no juzgues á soberbia
Que con parias de otros reyes
Él pague á su rey sus deudas ;
Y pues tú como señor
Le quitaste su hacienda,
Que bien puede como pobre
Pagar con hacienda agena.
Que fies en Dios y en él
Que te ha de hacer rico, mientras
La mano aprieta á Tizona
Y el talon hiere á Babieca.
Y que gustes que en San Pedro
Se pongan estas banderas
A los ojos del glorioso
Gran príncipe de la Iglesia
En señal que con su ayuda
Apenas enhiestas quedan
En toda España otras tantas,
Y ya se parte por ellas.
Que te suplica le envíes
Sus hijas y su Jimena,
Del alma triste afligida
Regaladas dulces prendas :
Y si non su soledad,
La suya al menos te duela,
Para que su alma goce
Ganada en tan larga ausencia.
No quisiera haber errado,
Que en cada palabra destas
Te traigo, rey, de Rodrigo
Su descargo y su limpieza. —
Apenas dió la embajada
Cuando la envidia revienta
De envidiosos lisonjeros
Y corredores de orejas.
Movióse un conde agraviado,
Y dijole al rey : — Tu alteza
No dé crédito á estas cosas,
Que son engaños que ceban.
Querrá ahora el Cid Rodrigo
Con esto que te presenta
Venirse á Búrgos mañana
A confirmar tus ofensas. —
Caló Alvar Fañez la gorra

Y empuñando en la derecha,
Tartamudo de corage
Le dió al conde esta respuesta :
— Nadie se mude ni hable,
Y el que se moviere atienda
Que le fabla el Cid presente,
Pues yo lo soy en su ausencia :
Y cuando en mi pobre esfuerzo
Cupiere alguna flaqueza,
La gran firmeza del Cid
Me ayuda desde Valencia :
No le venda ningun falso
Ni sus lisonjas le vendan,
Que dél y de mí, en su nombre,
No aseguro la cabeza.
Y tú, rey, que las lisonjas
Acomodas y aprovechas,
Haz de lisonjas murallas,
Y verás como pelean.
Perdona que con enojo
Pierdo el respeto á tu alteza,
Y dame si me has de dar
Del Cid las queridas prendas :
A doña Jimena digo,
Y á sus dos hijas con ella,
Pues te ofrezco su rescate
Como si estuvieran presas. —
Levantóse el rey Alfonso,
Y á Alvar Fañez pide y ruega
Que se sosiegue y los dos
Vayan á ver á Jimena.

XXXII. — (Anónimo.) (1)

« El vasallo dosleale,
« El desterrado, el traidor,
« El que non capo en Castilla,
« Magüer que en ella nació,
« El aviltado de todos,
« Y mas que dellos de vos,
« El que de si non se miembra
« Por tratar de vuestro pro,
« El que de vuestros denuedos
« Ya non se le acuerda, non,
« Desde Valencia os envia
« Salud, otórgueosla Dios.
« Non satisface los tuertos
« Que le ficisteis, señor,
« Pues dellos ha resultado
« Vuestro provecho y su honor.
« Sus maldicientes perdona,
« Aunque indignos de perdon,
« Que los divinos secretos
« Tienen asaz gran fondon,
« Que por donde el home cuida

« Que amaga su perdicion
« Viene su pro á las vegas,
« ¡ Mirad pues cuán altos son !
« Yo hablaré de experiencia
« Que he recibido el favor,
« Y vos sois en grave parte
« El instrumento de Dios.
« En ese arqueton de plata
« Vos endono un rico don,
« Estimadlo, Alfonso, en mucho,
« Que merece estimacion.
« Cinco coronas van ende
« Cada con su real pendon,
« Cinco cetros de oro puro
« Que de cinco reyes son,
« Cinco llaves van tambien,
« Que como á rey y señor
« Vos entriega el vuestro siervo,
« Non lo ficiera un traidor.
« Chantaldas en vuestro escudo,
« Que non menguareis de honor,
« Farta sangre asaz me cuesta
« Su prolija aquisiacion.
« Non deis nada al mandadero
« Que ya le he pagado yo,
« Que es Alvar Fañez Minaya,
« Un mi sirviente de pro :
« Conoceide, señor rey,
« Y fablalde con amor,
« Ya que yo no he alcanzado
« Este agasajo de vos,
« Que el buen fablar en los reyes
« Cuesta muy poco, señor,
« Y face vasallos leales,
« Lo que non face el temor,
« Que non el temor y amores
« Comen en un plato, non,
« Y el temido, pocas veces
« Fué amado de corazon.
« Direis que aqueste Rodrigo
« Siempre fué aconsejador,
« Y aina os dirán los tiempos
« Si teneis otro mejor,
« Que non soy tan mal vasallo
« Que con muchos como yo
« Non restaurára de presto
« Lo que el rey godo perdió.
« Goceis lo que os doy mil años,
« Que hoy vos pongo en posesion ;
« Non quiero para mí nada,
« Solo escucho vuestro amor,
« Y que por la mi Jimena,
« Que es dueña de gran valor,
« Miredes y por mis hijas :
« Solo vos pido este don

(1) Es la carta que el Cid remitió á Alfonso con Alvar Fañez acompañando el regalo que le hizo.

- En pago de mis servicios,
- Si merecen galardón,
- Que non vos será afanoso
- Cumplir vuestra obligacion. »

xxxiii. — (Anónimo.)

Victorioso vuelve el Cid
 A San Pedro de Cardeña
 De las guerras que ha tenido
 Con los moros de Valencia.
 Las trompetas van sonando
 Por dar aviso que llega,
 Y entre todos se señalan
 Los relinchos de Babieca.
 El abad y monges salen
 A recibirlo á la puerta,
 Dando alabanzas á Dios
 Y al Cid mil enhorabuena.
 Apeöse del caballo,
 Y antes de entrar en la iglesia
 Tomó el pendón en sus manos
 Y dice de esta manera :
 — Sali de ti, templo santo,
 Desterrado de mi tierra,
 Mas ya vuelvo á visitarte
 Acogido en las agenas.
 Desterróme el rey Alfonso
 Porque allá en Santa Gadea
 Le tomé el su juramento
 Con mas rigor que él quisiera.
 Las leyes eran del pueblo,
 Que no escedi un punto dellas,
 Pues como leal vasallo
 Saque á mi rey de sospecha.
 ¡O envidiosos castellanos,
 Cuan mal pagais la defensa
 Que tuvistes en mi espada
 Eusanchando vuestra cerca!
 Veis aquí os traigo ganado
 Otro reino y mil fronteras,
 Que os quiero dar tierras mias
 Aunque me echeis de las vuestras.
 Pudiera dárselo á estraños,
 Mas para cosas tan feas
 Soy Rodrigo de Vivar,
 Castellano á las derechas.

xxxiv. — (Sepúlveda.)

Aquese famoso Cid
 Con gran razón es loado;
 Ganada tiene á Valencia,
 De moros la ha conquistado :
 En ella está su muger,
 Fija del conde Lozano,
 Doña Sol y doña Elvira
 Poco ha que habian llegado

De San Pedro de Cardeña
 Do el Cid las habia dejado.
 Estando el Cid á placer
 Nuevas le habian llegado
 Que el gran Miramamolín,
 Rey de Túnez coronado,
 Venia á se la quitar
 Con gran gente de á caballo :
 Cincuenta mil eran estos,
 Los de á pié no tienen cabo.
 El Cid como era valiente
 Y en armas tan aprobado,
 Basteció bien los castillos
 Y en todo puso recaudo;
 Esforzó sus caballeros
 Como lo habia acostumbrado.
 Subiera á doña Jimena
 Y á sus fijas en su cabo
 En una torre mas alta
 Que en el alcázar se ha hallado.
 Miraron contra la mar,
 Los moros están mirando
 Viendo como armaban tiendas
 A gran priesa y gran cuidado.
 Al rededor de Valencia
 Grandes alaridos dando,
 Tañendo sus atambores
 Los aires van penetrando.
 Doña Jimena y sus fijas
 Gran pavor habian cobrado,
 Porque jamas habian visto
 Tantas gentes en un campo;
 Esforzábalas el Cid
 De aquesta suerte hablando :
 — No temais, doña Jimena,
 Y fijas que tanto amo,
 Mientras que yo fuere vivo
 De nada tengais cuidado,
 Que los moros que aqui vedes
 Vencidos habrán quedado,
 Y con el su gran haber,
 Fijas, os habré casado :
 Que cuantos mas son los moros
 Mas ganancia habrán dejado;
 Y las bocinas que traen
 Y ante vos se habian tocado,
 Servirán para la iglesia
 Deste pueblo valenciano. —
 Viendo entonces que los moros
 Por las huertas han entrado
 Derramados y esparcidos
 Sin orden y á mal recaudo,
 A don Alvar Salvadores
 Le oíjo : — Sed luego armado,
 Tomareis doscientos homes
 De á caballo aderezados,
 Y haced una espolonada
 Contra los perros paganos,

Porque Jimena y sus fijas
 Veían que sois esforzado. —
 Salvadores lo cumpliera
 Como el Cid lo habia mandado.
 Dió de tropel en los moros,
 De las huertas los ha echado :
 Firiendo iban en ellos,
 Firiendo van y matando
 Hasta dentro de las tiendas
 Que los moros han armado.
 De allí se tornaron todos
 Doscientos moros matando :
 Preso queda Salvadores,
 Que por ser aventajado
 Se metió tanto en los moros
 Que lo habian cautivado;
 Sacóle el Cid otro día
 Los moros desbaratando.

xxxv. — (Sepúlveda.)

Ya se salen de Valencia
 Con el buen Cid castellano
 Sus gentes bien ordenadas,
 Las de á pié y las de á caballo.
 Su seña lleva tendida
 Bermudez el esforzado,
 Por la puerta la Cu'ebra
 Salían todos al campo.
 Don Gerónimo arzobispo
 Delante va bien armado
 Para contra el moro rey
 Miramamolín llamado,
 Que venia contra el Cid
 A le quitar lo ganado.
 Cincuenta mil caballeros
 Trae el moro á su mandado,
 Las haces muy ordenadas
 Ambas se habian juntado;
 Como los moros son muchos
 Y tan pocos los cristianos
 Tiénelos en grande aprieto,
 Mas el buen Cid ha llegado
 A grandes voces diciendo,
 En Babieca cabalgado :
 « Dios ayuda y Santiago. »
 Firiendo van en los moros,
 Firiendo van y matando.
 Grande favor habia el Cid
 En verse bien cabalgado
 En su caballo Babieca,
 Y el brazo lleva bañado
 En la sangre de los moros
 Hasta el codo ensangrentado;

No hiere mas de una vez
 Al moro que osa aguardallo.
 Fuido han en fin los moros
 Y el campo les han dejado;
 Mas yendo en su seguimiento
 Con el rey moro habia dado.
 Tres veces ya lo ha herido,
 Mas el moro es bien armado
 Y el caballo del buen Cid
 Mucho adelante ha pasado,
 Y cuando tornára al moro
 Mucha tierra le ha cobrado,
 No lo pudiera alcanzar,
 En un castillo se ha entrado :
 De las gentes que traía
 Solamente habian quedado
 No mas de mil y quinientos,
 Los mas muerto y cautivado.
 Gran haber hubiera el Cid
 De oro y plata y de caballos,
 Y una tienda la mas rica
 Que se viera entre cristianos.
 A don Alvar Salvadores
 En la tienda lo ha hallado,
 De lo cual se alegró el Cid,
 Y á Valencia se ha tornado,
 Y Jimena con sus fijas
 Gran placer habian tomado.

xxxvi. — (Anónimo.) (1)

Considerando los condes
 Lo que el de Vivar vale
 Y que su fama se aumenta
 Por las fazañas que face,
 Al rey don Alfonso piden
 Que con sus fijas les case,
 Porque ser yernos del Cid
 Es bien que puede estimarse.
 El rey por facelles bien
 Luego le envió un mensaje
 Que se viniese á Requena
 Para que con él lo trate.
 Rodrigo, vista la nueva,
 Dió dello á Jimena parte,
 Que en tal caso las mugeres
 Suelen ser muy importantes.
 Sabido, no gustó dello
 Y dijo al Cid : — Non me place
 De emparentar con los condes,
 Magüer sean de linage,
 Mas fágase ende, Rodrigo,
 Lo que á vos mas os agrade,
 Que no hay mengua de consejo

(1) Aquí empiezan los romances de los condes de Carrion, con sus bodas y la afrenta hecha á las hijas del Cid, hasta que este los retó por ello ante el rey Alfonso y las córtes.

Do está el rey y vos estades. —
 Rodrigo partió á Requena,
 Y tambien el rey se parte
 Juntamente con los condes,
 Porque el Cid los vea y fable.
 Despues de dicha una misa
 Delante el rey y los grandes
 Por don Gerónimo obispo
 Con muchas solemnidades,
 El rey al Cid apartó
 De todos los circunstantes,
 Y estas palabras propuso
 Con gravedoso semblante :
 — Bien sabedes, don Rodrigo,
 Que os tengo amor asaz grande,
 Y por vuestras cosas cuido
 Con solicitud bastante :
 Por ende habeis de saber
 Que fice aqueste viaje
 Por fablaros de un negocio
 Que importa con vos se fable.
 Los condes de Carrion
 Me han rogado que vos trate
 En que les deis vuestas fijas
 Y que con ellas los case,
 Que estarán agradecidos
 Si esta merced se les face,
 Porque es gran razon se estimen
 Fijas que son de tal padre.
 Codician vuesa amistad,
 Atienden al trato afable,
 Aman mucho vuestas cosas,
 Y estiman á vuesa sangre. —
 Agradeció el Cid entonces
 Al rey la merced tan grande,
 Y dijole se sirviese
 De todo lo que á él tocase,
 Que dél, de fijas, de haberes
 Ficiese lo que mandase,
 Que él no casaba á sus fijas,
 Mas las da que se las case.
 Dióle el rey gracias por ello
 Y mandó les entregasen
 Ocho mil marcos de plata
 Para el día en que se casen,
 Y al tío de las doncellas,
 Que era el buen don Alvar Fañez,
 Mandó el rey que las tuviese
 Hasta que se desposasen.
 Luego el rey llamó á los condes
 Y mandó que le besasen
 Las manos al Cid Ruy Diaz
 Y le fagan homenaje.
 Ficiéronlo así los condes
 Delante el rey y los grandes,
 Y convidó el Cid á todos
 Porque en sus bodas se hallen.
 Partiósse el rey á Castilla

Y el de Vivar con él parte
 Y á dos leguas mandó el rey
 Que no pasen adelante.
 Fuése Rodrigo á Valencia
 Donde quiso se juntasen
 Los condes y caballeros
 Porque las bodas se acaben.
 Cuando el Cid los vido juntos
 Dijole á don Alvar Fañez
 Que lo que el rey le mandó
 Luego al punto efectuase,
 Que trajese á sus sobrinas,
 Y que á los condes ó infantes
 Que llaman de Carrion
 Al punto las entregase.
 Diéronselas, y los condes
 Con amorosas señales
 Dieron muestras del contento
 Que deste suceso nace,
 Porque es tan fuerte el amor
 Y son sus efectos tales,
 Que lo publican los ojos,
 Aunque la lengua lo calle.
 Fizo el obispo su oficio,
 Dió bendiciones y paces,
 Hubo fiestas ocho dias
 De cañas, toros y halles.
 Dió grandes dones el Cid
 A los condes y magnates,
 Que aquel que es grande en sus fechos
 Suele ser en todo grande.

xxxvii. — (Anónimo.)

Acabado de yantar,
 La faz en como la mano,
 Durmiendo está el señor Cid
 En el su precioso escaño.
 Guardándole están el sueño
 Sus yernos Diego y Fernando
 Y el tartajoso Bermudo,
 En lides determinado :
 Feblando están juglerías,
 Cada cual para hablar paso
 Y por soportar la risa
 Puesta la mano en los labios,
 Cuando unas voces oyeron
 Que atronaban el palacio
 Diciendo : — Guarda el leon,
 Mal muera quien lo ha soltado. —
 No se turbó don Bermudo,
 Empero los dos hermanos
 Con la cuita del pavor
 De la risa se olvidaron,
 Y esforzándose las voces
 En puridad se hablaron,
 Y aconsejéronse aprisa
 Que no fuyesen despacio.

xxxviii. — (Anónimo.)

Non quisiera, yernos míos,
 Haber visto tal guisado
 Cual el deste mal suceso,
 Magüer cuido algun gran daño.
 ¿ Son estas ropas de bodas ?
 ¡ Haya mal grado el diablo !
 ¿ Qué pavor ha sido el vueso
 Que habeis fecho tal recaudo ?
 Teniendo las vuestas armas
 ¿ Porqué fugisteis entrambos ?
 ¿ Non estábades conmigo
 Para siquiera mirallo ?
 Pedisteis al rey mis fijas
 Cuidando de valer algo,
 Non fice mi voluntad,
 Mas fice en el su mandado.
 ¿ Vosotros sodes los novios
 Para mi vejez guardados ?
 ¡ Buena vejez me daredes
 Siendo tan afeminados !
 No quiero pasar de aqui,
 Que si miro lo pasado
 Reviento de pesadumbre
 Considerando este caso. —
 Estas palabras el Cid
 Les dijo muy enojado
 Por haber así fuido
 Del leon los dos hermanos :
 Agraviáronse los condes,
 Y con él quedan odiados.

xxxix. — (Anónimo.)

Si de mortales feridas
 Fincare muerto en la guerra,
 Llevadme, Jimena mia,
 A San Pedro de Cardaña :
 Y así buena andanza hayades
 Que me fagades la huesa
 Junto al altar de Santiago,
 Amparo de lides nuevas.
 Non me curedes plañir,
 Porque la mi gente buena
 Viendo que falta mi brazo
 Non fuya y deje mi tierra.
 Non vos conozcan los moros
 En vuestro pecho flaqueza,
 Sino que aquí griten armas,
 Y allí me fagan obsequias :
 Y la Tizona que adorna
 Esta mi mano derecha
 Non pierda de su derecho,
 Ni venga á manos de fembra.
 Y si permittiere Dios
 Que el mi caballo Babieca
 Fincare sin su señor

El menor, Fernan Gonzalez,
 Dió principio al fecho malo,
 En zaga el Cid se escondió
 Bajo su escaño agachado.
 Diego, el mayor de los dos,
 Se escondió á trecho mas largo
 En un lugar tan lijoso
 Que no puede ser contado.
 Entró gritando el gentío
 Y el leon entró bramando,
 A quien Bermudo atendió
 Con el estoque en la mano.
 Aquí dió una voz el Cid,
 A quien como por milagro
 Se humilló la bestia fiera,
 Humildosa y coleando.
 Agradeciósse el Cid,
 Y al cuello le echó los brazos
 Y llevólo á la leonera
 Faciéndole mil falagos.
 Aturdido está el gentío
 Viendo lo tal, no acatando
 Que ambos eran leones,
 Mas el Cid era mas bravo.
 Vuelto pues á la su sala,
 Alegre y no demudado,
 Preguntó por sus dos yernos
 Su maldad adivinando.
 Bermudo le respondió :
 — Del uno os daré recaudo,
 Que aquí se agachó por ver
 Si el leon es fembra ó macho. —
 Allí entró Martin Pelaez,
 Aquel temido asturiano,
 Diciendo á voces : — Señor,
 Albricias, ya lo han sacado. —
 El Cid replicó : — ¿ A quién ? —
 Él respondió : — Al otro hermano,
 Que se sumió de pavor
 Do no se sumiera el diablo.
 Miradle, señor, do viene,
 Empero faceos á un lado
 Que habeis para estar par dél
 Menester un incensario. —
 Desenjaularon al uno,
 Metieron otro del brazo,
 Manchados de cosas malas
 De boda los ricos paños.
 Movido de saña el Cid
 A uno y á otro mirando
 Reventando por fablar
 Y por callar reventando,
 Al cabo soltó la voz
 El soberbio castellano,
 Y los denuestos les dijo
 Que vos contaré despacio.

Y llamare á vuesa puerta,
Abridle y acariñadle
Y dadle racion entera,
Que quien sirve á buen señor
Buen galardón dél espera.
Ponedme de vuesa mano
El peto, espaldar y grebas,
Brazal, celada y manoplas,
Escudo, lanza y espuelas;
Y puesto que rompe el día
Y me dan los moros priesa,
Dadme vuesa bendición
Y fíncad enhorabuena.—
Con esto salió Rodrigo
De los muros de Valencia
A dar la batalla á Búcar,
¡Plegue á Dios que con bien vuelva!

XL. — (Anónimo.)

La venida del rey Búcar
A la ciudad de Valencia
Está consultando el Cid
Con muchos homes de cuenta.
Estando en aquesta fabla
Han entrado por la puerta
Sus yernos disimulando
La traición que asaz le ordenan.
Asiento les diera el Cid
A la su mano derecha,
Él temblando de atrevido
Y ellos tiemblan de flaqueza,
Que los ánimos cobardes
Carecen de fortaleza.
En estas fablas estando,
Toda la gente trae nuevas
Con cajas, pífanos, trompas,
De como los moros llegan.
Subióse el Cid con los suyos
A una torre tan soberbia
Como son sus pensamientos
Que igualan á las estrellas.
Puesto de pechos el Cid
En las soberbias almenas,
Miraba al rey que ha llegado
Con el ejército y tiendas,
De que sus cobardes yernos
Ya se temen y recelan.
El Cid ha sido avisado
Que un recaudo del rey llega,
Bajóse por recibillo
Sin bajar su fortaleza.
A las razones del moro
Atiende el Cid con prudencia
Y turbado de su aspecto
Le dice desta manera:
— El rey Búcar, mi señor,
Ha venido de su tierra

A deshacer el gran tuerto
Con que tú le tienes esta.
Enviatela á pedir,
Y en viendo que no la dejas
Te apercibe á la batalla
Y procura defendella.—
Oidas estas razones
No haciendo dellas cuenta,
Alegre responde el Cid,
Mostrando mucha clemencia:
— Dile al rey que se aperciba,
Que yo pondré mi defensa;
Valencia me cuenta mucho
Y no pienso salir della,
Porque he pasado en ganalla
Muy grandes cuitas y penas.
Gracias infinitas doy
A la infinita grandeza
Que me otorgó la vitoria
En tan peligrosa guerra;
A solo Dios lo agradezco,
Y á la sangre y gente buena
De mis parientes y amigos,
Que también mucho les cuesta.
El moro se despidió
Cobarde en ver su presencia,
Y temeroso de oírle
Al rey le lleva la nueva.
El Cid se queda ordenando
Cosas sobre esta hacienda,
Y conoció de sus yernos
La cobardía que encierran.
Mandóles que se quedasen
Porque no prueben sus fuerzas:
Ellos temerosos desto,
Corridos de tal afrenta,
Le dicen que han de ir con él
A tan peligrosa empresa.
Juntas las gentes del Cid
Sus haces trazan y ordenan,
Todos salen al real
Y el Cid con tanta braveza,
Que los moros temerosos
Sus haces juntan apriesa.
Al son de pífano y cajas
La batalla se comienza,
Animándolos Rodrigo
Que lleva la delantera;
Con su gente puesta en orden
La batalla les presenta.
Embistense amabas las partes,
Y en la batalla sangrienta
Diez y ocho reyes prende,
Y á todos ellos prendiera,
Mas poniendo á los piés alas
Desembarazan la tierra,
Y aunque costó mucha sangre
Durando tan grande pieza,

La vitoria llevó el Cid
Y con ella entró en Valencia.
Recibiólo la ciudad
Con aplauso y buena estrena,
Deséanle mil saludes
Para su amparo y defensa,
Y él contento y muy alegre
Se va á ver á su Jimena.

XLI. — (Sepúlveda.)

En batalla temerosa
Andaba el Cid castellano
Con Búcar, ese rey moro,
Que contra el Cid ha llegado
A le ganar á Valencia
Que el buen Cid ha conquistado.
Los condes de Carrion
En ella se habían hallado,
Y contra un infante de ellos,
Fernán González llamado,
Un moro viene corriendo
Con fuerte lanza en su mano;
Fuerte muestra el moro ser,
Segun viene denodado.
El conde que vido al moro
Huyendo va por el campo:
No lo había visto ninguno
Para que sea publicado,
Si no fuera don Ordoño,
Escudero es muy honrado,
Que del buen Cid es sobrino,
De Pedro Bermudo hermano.
Ordoño fué contra el moro,
Con su lanza lo ha encontrado,
Y firiéndolo en los pechos
Pasólo de lado á lado,
El pendón que va en la lanza
Todo sale ensangrentado:
El moro cayera muerto,
Don Ordoño se ha apeado
Y el caballo que traía
Con las armas le ha tomado.
Llamó á su cuñado el conde,
Esto le estaba hablando:
— Cuñado Fernán González,
Tomad vos este caballo,
Decid que al moro matasteis
Que en él venia cabalgando,
Que en días que yo viviere
Non diré yo lo contrario,
Non haciendo vos porqué,
Siempre se estará encelado.—
Estando en estas razones
El buen Cid había llegado,

A un moro venia siguiendo
Y muerto lo ha derribado.
Don Ordoño dijo al Cid:
— Señor, este yerno honrado,
Que por bien os ayudar
Un moro mató en el campo
De un golpe que le dió,
Suyo fizo este caballo.—
Mucho le plugo al buen Cid
De lo que le había contado,
Cuidando decir verdad
Mucho á su yerno ha loado.
Juntos van por la batalla,
Firiendo van y matando,
Y en moros que los aguardan
Haciendo van grande estrago.

XLII. — (Lope de Vega.) (1)

Tirad, fidalgos, tirad
A vuestro troton el freno,
Que en fuir de aquese modo
Mostrais el pavor del pecho.
De un home solo fuís,
Mirad que no es de homes buenos
Fuir en tal lid de un moro
Donde hay tantos que lo vieron.
Si non queredes morir
Como buen fidalgo á fierro,
Non vivais entre fidalgos
Que fíncan continuo muertos.
Tornadvos luego á Valencia,
Que si non faceis mas qu'eso
También saldrán á lidiar
Las damas que quedan dentro.
Mal andanza vos dé Dios,
Pues con aspecto tan feo
Así en público fuís,
¿Qué vos dirán en secreto?
Mala doctrina tomastes
De mi tío vuestro suegro,
Pues non mancháis la Tizona
Deshonrando el honor viejo.
Decides que sois fidalgos,
Pues yo vos juro á San Pedro
Que tales desaguisados
Non facen fidalgos buenos.
Las armas traeis doradas,
Non las regaleis, mancebos,
Porque son fierros dorados
Que publican vuestros yerros.
Tomad aquese caballo
Del moro que yace muerto,
Y decid que le vencistes,
Que de callar os prometo.

(1) Al mismo asunto del anterior.